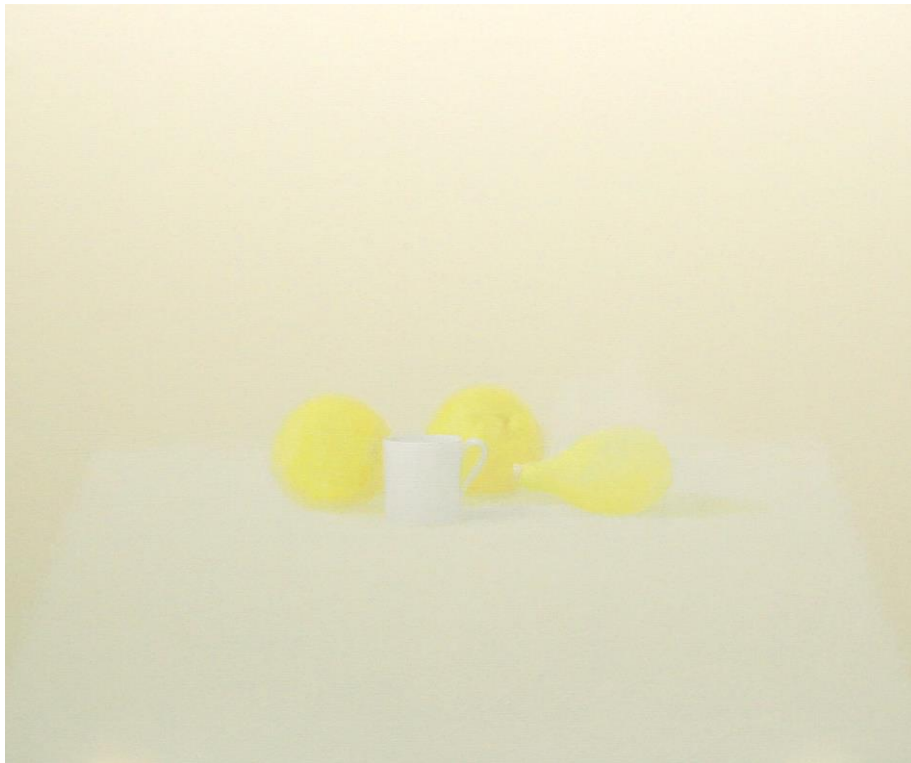


Estimado amigo:

con demasiada frecuencia olvidamos hablar de qué es lo que experimentan y sienten los pintores mientras pintan. Con la intención de decir sobre mi experiencia, van a continuación estos tres escritos venidos últimamente, que dicen de mi sentir y de mi emoción mientras pintaba los cuadros que conforman esta exposición. A través de estos escritos, he tratado de dejar constancia de las sensaciones que la Pintura me ha regalado, del gozo y del contento, de la dicha, del disfrute y de la satisfacción que me ha dado, y que para mí, es algo impagable. ¿A quien o a qué tengo yo que pagar por sentir estas sensaciones? he llegado a pensar en algún momento dulce, de pleno acierto.

Es mi deseo que estos escritos resulten esclarecedores y provechosos. Ojalá sea así.

Con mi abrazo,
Juan Carlos Lázaro



Precisamente lo que caracteriza y singulariza a esta obra, es también justo lo que la hace dificultosa de ver, de manera que se apreciarían mejor los objetos si sensorialmente se concretaran más, si estuvieran más definidos y contrastados, pero que es este matiz el que le confiere su singularidad, lo que caracteriza a esta obra: *ese estar inundado de luz el cuadro, el espacio, y con él, las cosas.*

Lo que la experiencia de pintar me dice

“Pero yo creo que el arte plástico, la pintura, es esencialmente visual; y te llama la atención o no te llama la atención, te emociona o no te emociona.”

Tomás Paredes, en *El Montonero*.
Perú, 19 de octubre del 2017

I

A mí me gusta pintar cuadros de pequeño y mediano formato con pocas cosas.

Si los cuadros fueran más grandes y estuvieran más llenos de cosas y más cosas, me fatigaría, perdería la concentración. No obtendría satisfacción ni contento, sino todo lo contrario: pesadumbre, cansancio, aburrimiento.

Al ser pocos objetos puedo establecer sus relaciones de tonos con relativa prontitud, y avanzar, en relativamente poco tiempo, del estado inicial que es el lienzo en blanco con unas tenues líneas que sitúan las cosas, hasta que el cuadro empieza a estar cubierto, en mejores condiciones para pintar, para empezar a ir tras ese “acorde tonal” que busco, tras esa relación de tonalidades, que, creo, lo acabaré salvando, y a mí, dándome satisfacción, y contento.

El quid de la cuestión está, en mi caso, en la interrelación de las tonalidades, en cómo se relacionan unas con otras, en generar un ámbito, un ambiente, una atmósfera. Un canto suave, y discreto. Un aligerar las cosas de materia para llevarlas a la luz. “Él pinta con la luz; la luz es su materia”, escribió mi amigo Santiago Gómez Valverde.

Y es en ese tramo, de la mitad hacia adelante, cuando más me gusta pintar. La otra parte primera, tiene un punto de violencia con el lienzo en blanco, y cuando das las primeras pinceladas, incluso cuando está más cubierto, el cuadro tiene algo de falta de delicadeza, de sutileza, que vendrá después; acompañada de la claridad y de la luz, que éstas sí que no sé de donde vienen.

Y es a partir de aquí, de este primer ajuste, cuando me gusta y disfruto más pintando, ajustando más y más las relaciones, -creo que mi labor consiste en *relacionar y ajustar tonalidades*-, y, poco a poco, el cuadro va cobrando latido, y sientes que estás pintando a gusto. Te sientes cómodo, y disfrutas, te sientes como pez en el agua, sin resistencia alguna.

Aquí quedan las razones de porqué me gusta pintar cuadros pequeños y medianos con pocos objetos. Así es como lo siento. En mi caso es así, y por eso celebro la enorme suerte de poder pintar con libertad estos cuadros de pequeño y mediano formato. De haber nacido un poco antes, en la época de Antonio Gisbert, Moreno Carbonero o Francisco Pradilla, otro gallo hubiera cantado.

Cuando miro los “Fusilamientos de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga”, de Gisbert, o el “Cortejo del bautizo del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, por las calles de Sevilla”, de Pradilla, cuadros ambos de grandes formatos y muy poblados de personajes y cosas, de tantas cosas, celebro mi suerte.

Es esta pintura mía también pobre, como pobres también son las de Zurbarán y Esteban Vicente, en las antípodas del preciosismo de las de Mariano Fortuny, o, más atrás, de las de Clara Peeters.

Y entonces siento como muy mía esta declaración del pintor Wladyslaw Strzeminski, del que supe a través de mi amigo Mariano Carrera Blázquez, que dice: “Debes pintar en armonía contigo mismo. En el arte, sólo puedes dar lo que tienes.” Así me sucede, es lo que la experiencia de pintar me dice.

II

Últimamente, una vez que queda el cuadro terminado me acerco a mirarlo. A mirar cómo está pintado, cómo está hecho. A veces veo que en los momentos dulces, es como si pintara al dictado de alguien, como si el cuadro se hiciera sólo. En esta concentración y momento mágico el cuadro se termina. Tiene uno entonces la sensación de que ha sido utilizado, como si uno fuera un instrumento en manos de la pintura, a su servicio.

Es por esto que, después, uno, asombrado, se acerca a mirar el cuadro, a mirar cómo está pintado, como si hubiera sido pintado por otro, como si se hubiera pintado sólo, sin esfuerzo alguno.

Uno sabe que estuvo allí, “ayudando a lo que viene sólo”, tal como resumió magistralmente el ‘viejo maestro`.

Y entonces celebra, agradecido, esta Suerte, este desnudar con luz las cosas, que por ahí creo que va el canto que me tocó.

III

André Comte-Sponville escribe en su maravilloso libro *Chardin o la materia afortunada*: “Hay algo más importante que la pintura: es lo que ésta muestra o descubre.”. “El arte ha de abrirnos puertas a lo desconocido”, dice mi amigo José Corredor-Matheos en su también maravilloso libro *Aproximaciones a la poesía y el arte*. Afirmaciones estas que comparto plenamente. Mientras tanto, quedo y descanso en la esperanza que estas pinturas lleguen a alcanzar estos altos cometidos: ¡ojalá sea así!

y IV

El estudio es como un refugio, como una mecedora, donde uno obtiene satisfacción y contento, dicha y sentido, “consuelo para los ojos”, al decir de Emilio Lledó. Y donde, protegido y a gusto, a salvo, recuerdo estas palabras de Francisco Brines, que me parecen maravillosas, y que suscribo al pie de la letra, que dicen: “Uno hace con sus menguadas posibilidades. Sabes... y, uno tampoco tiene el deseo de ser el poeta más..., no... Ser, desde lo que es él, y habiéndose dedicado a una cosa que le ha importado mucho, pues la satisfacción de que eso le interese también a otras personas, y que lo hagan suyo, y que se emocionen con aquello.”

¡Qué maravilloso este sentir del poeta!, ¡tan hondo, tan verdadero!

Uno es así

La escucha interior

“Le gustan las cosas humildes, los objetos de la vida cotidiana,
los gestos de todos los días que se repiten incansablemente.
Ama el silencio que nada perturba.”

Pierre Rosenberg, sobre *Chardin*

“Chardin no tiene inconveniente en copiarse -observa Diderot-, lo cual me hace sospechar que sus obras le cuestan mucho esfuerzo.” Digamos que podía tener más facilidad, quizá incluso más placer, en hacer que en concebir, nos dice André Comte-Sponville en su maravilloso libro *Chardin o la materia afortunada*.

El caso es que esto último me pasa a mí. Yo también tengo más facilidad, hallo más placer, en hacer, en pintar; que en concebir, que en componer.

Uno a la vez que se siente un indigente, también se siente un privilegiado. Un indigente, porque uno es pobre de imaginación, perezoso de buscar nuevos motivos y composiciones, porque a uno lo que realmente le gusta es pintar, el hecho de pintar; y aquí, cuando estoy pintando, es donde me encuentro a gusto, como pez en el agua, sin resistencia alguna. Esta es mi propensión natural, la que me dice mi interior cuando la escucho, el lugar donde encuentro gozo y contento, dicha y satisfacción. Qué le vamos a hacer, uno es así.

Como decía mi admirado Francisco Bores: “Cada uno debe encontrar en sí mismo las razones de su propio trabajo”: Y aquí, brevemente expuestas, tienen las más.

En otro lugar del libro apuntado al comienzo, dice Comte-Sponville: “Francis Ponge, que se le parece (se refiere a Chardin), que forma parte de su familia artística y espiritual, le comprendió muy bien”.

Así es como a este servidor de la pintura, de la familia de los ensimismados y silenciosos, como el mismo Chardin, Morandi, Ortega Muñoz, Caneja, o mi amigo Cristino de Vera, le gustaría ser, después de lo dicho en este escrito, igual de comprendido que resultó Chardin por parte de Ponge. ¡Ojalá sea así!

Mi amigo Tomás Paredes, intercambiando pareceres sobre este asunto, me dijo: “En fin, no hay nada que temer si uno no se traiciona, los pájaros no dejan de ser hermosos, porque canten siempre lo mismo, si un pájaro no dijera su canto ¿cómo iba a ser reconocido por los suyos? Observa a un azulillo pintado, verás que maravilla de ave y de melodía, pequeñísimo, con nada es grande, grandísimo.”

JCL, marzo 2022

Dones, agradecimiento, humildad y exigencia

“Busque siempre lo que vea que equivale a lo que siente. La técnica nace de esto”, decía Morandi. Yo mismo he podido comprobar que esto es así. Ayer por la tarde cuando daba por concluido un cuadro, pensé: “justo es esto que dice Morandi lo que tú haces aquí”, lo que llevas haciendo veintitantos años. Has buscado en todo este tiempo las imágenes que te den buena cuenta de tu sentir, y la técnica ha venido, ha nacido en esta búsqueda, sin ni siquiera haberte dado cuenta.

Y justo ayer valoré el don de tener esta técnica, sencilla y elemental, con la que di, con la que me encontré hace ya veintitantos años, y que, por tenerla, por estar uno tan familiarizado con ella, no le da uno la importancia ni la valoración que debiera.

Pero ayer me puse contento, muy contento, especialmente contento: vi su importancia. Fue como una revelación, que me dio mucha alegría. Es esta técnica, unida al sentimiento, la que hace posible la conformación de las imágenes, el que estas existan. Y quizás por pintar así, tan fluidamente, sin resistencia, tal como vuela el pájaro o nada el pez, pues uno no le da la importancia que tiene, que debiera. Y ayer tomé conciencia de esto, una mayor conciencia.

A fin de cuentas, es un regalo que recibes, bueno, son dos, uno, que tengas algo que decir, y dos, que puedas elaborar mediante la técnica adecuada las imágenes que den buena cuenta de ese decir, de ese sentir.

Al principio no había nada, el lienzo en blanco, haces unas líneas para situar una calabaza, en otro lienzo, un plato. Seguidamente borras un poco las líneas para que luego no se vean y comienzas a pintar. Al principio un tanto brusco, pero poco a poco, una vez lo has cubierto de tonalidades, empiezas a afinar. Afinar y afinar en búsqueda del latido inicial, del palpito que lo pondrá en marcha, de la belleza, de la luz, de la claridad.

Y uno se da cuenta de que estas cosas van llegando, se va dando cuenta de la aparición, del milagro, ese que experimenta la obra, el cuadro, de cuando está sin iniciar, en blanco, a cuando está terminado, que, es algo que, por más veces que lo hago y mira si lo habré hecho veces, me sigue resultando mágico, hechizante, misterioso.

Y queda uno agradecido, se siente agradecido, muy agradecido, por los dones recibidos.

Y uno disfruta de estos dones que tanta satisfacción y contento le dan. Y siente también humildad, y exigencia. De la primera supe bien gracias a mi amigo Cristino de Vera, que tan en cuenta la tiene para así mantener el ego a raya, “para que la parte más profunda de ti aflore”; y de la segunda, supe también bien gracias a mi amigo Luis Canelo, que en cada serie de pinturas que emprende la pone en práctica, que la tiene como vigía permanente “para que la sensibilidad no se te apague ni adormezca”. Asuntos estos dos, de la humildad y de la exigencia, que, para beneficio de las obras, conviene tener muy presentes, muy en cuenta.